

# La aventura de Les lieux de mémoire

Pierre Nora

## 1. La aventura de *Les lieux de mémoire* <sup>1</sup>

La empresa que ha concluido después de casi diez años en siete gruesos volúmenes de *Les lieux de mémoire* <sup>2</sup>, ha supuesto, además de una aventura editorial, una aventura intelectual, individual y colectiva a la vez. Colectiva, puesto que ha movilizado a casi ciento treinta historiadores, en su mayor parte franceses. Individual, puesto que el proyecto, la concepción de conjunto y la construcción en detalle han sido fruto de un trabajo solitario que después de este largo camino no ha evolucionado mal.

La idea de partida, experimentada en mi seminario de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), consistía, a contrapelo de la historia habitual, en una exploración selectiva y erudita de los puntos de cristalización de nuestra herencia nacional, en el inventario de los principales *lieux*, entendida esta palabra en todas sus acepciones,

---

<sup>1</sup> El artículo amablemente cedido por P. NORA para este número reúne dos anteriores suyos: «L'aventure des Lieux de mémoire», en *Lieux de mémoire. Erinnerungsorte. D'un modèle français à un projet allemand, textes réunis et présentés par Élienne FRANÇOIS*, Berlin, 1996, «Les travaux du Centre Marc Bloch», *Cahier*, núm. 6, pp. 13-17, Y P. NORA, «La notion de 'lieu de mémoire' est-elle exportable?», en P. DER BOER et W. FRIJHOFF (Red.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 1993, pp. 3-10. Agradecemos al autor y a ambas publicaciones la autorización para su publicación en España.

<sup>2</sup> *Les lieux de mémoire*, sous la direction de Pierre NORA, vol. 1: *La République*. Vol. I: *La Nation* (3 tomos). Vol. II: *Les France* (3 tomos), Paris, Gallimard, 1984-1992.

en los que se había anclado la memoria colectiva y en una vasta topología de la simbólica francesa. En principio estaban previstos cuatro volúmenes, uno para *La République*, dos para *La Nation*, y uno para *Les France*, que yo sabía que debía ser plural pero que aún se dibujaba vago en mi mente. Pero después de la publicación de *La République*, en la que yo exponía al comienzo la problemática de conjunto, «Entre mémoire et histoire»<sup>3</sup>, los dos volúmenes previstos para *La Nation* se transformaron en tres. Pues me pareció que *La République* podía contentarse con muestreos y con ilustraciones sacadas habitualmente del período fundador de la Tercera República, mientras que *La Nation*, menos explorada en su construcción intelectual de lo que hubiera podido creerse, exigía una mirada mucho más sistemática, panorámica y arquitectónica. Por ello he llegado a una construcción tripartita. El primer volumen reagrupa el stock de lo que podría llamarse lo *inmaterial*, con la «herencia» de la larga duración, como los santuarios de Saint-Denis o la consagración de Reims, con los grandes momentos en los que «la historiografía» ha reconstituido el panorama completo de la memoria histórica y, en fin, con la manera en la que los sabios y los pintores han estructurado «el paisaje». El segundo volumen trata de lo *material*, a saber «el territorio» con sus fronteras o la noción de «hexágono», «el Estado», con sus instrumentos simbólicos, o el Código civil, «el patrimonio» en fin, en particular con los hombres que le han constituido, como Guizot, Mérimée o Violet-le-Duc. El tercer volumen se refiere a lo «*ideal*», es decir las dos ideas fuerza sobre la que se construye la nación: «la gloria», militar y civil, y «las palabras», en este país en el que la lengua y la literatura han mantenido una relación tan estrecha con el poder, con el Estado y con la idea nacional. En él se hermana, por ejemplo, *Verdun con la Academia francesa*, o *el Museo histórico de Versalles con La visita al gran escritor* 4.

Publicada *La Nation* en 1986, la empresa ha marcado el paso durante largo tiempo. Varias razones me retenían antes de lanzarme a estas

<sup>3</sup> P. NOHA, «Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux», en *La République*, Paris, Gallimard, 1984, pp. XVII-XLII.

<sup>4</sup> Ver en el I volumen: *Héritage*, pp. 5-188, *Historiographie*, pp. 189-434 y *Paysages*, pp. 4:35-597. En el II volumen: *Le territoire*, pp. 11-140, "L'Exagone", pp. 97-116, *L'État*, pp. 1405-3053, "La Symbolique de l'Etat", pp. 1405-192, "Le Code civil", pp. 293-315, *Le Patrimoine*, pp. 4005-649, "Guizot et les institutions de la mémoire", pp. 0569-592, "Mérimée et l'Inspection des monuments historiques", pp. 0593-611, "Violet-le-Duc et la restauration", pp. 613-649 (*N. de la T.*).

France, de las que yo subrayaría aquí las tres principales. En primer lugar, después de *Identité de la France*, de Fernand Braudel<sup>5</sup>, se producía una avalancha editorial de historias de Francia que saturaba el mercado y que desanimaba a la concurrencia, aunque el principio de *Les lieux* partía, precisamente, de un punto de vista radicalmente diferente. Temía, además, la obligada longitud, debida al número inevitable de temas y a la amplitud no menos inevitable de su tratamiento, junto a su trivialidad, puesto que no podía eludir, por ejemplo, ni a Juana de Arco ni la Torre Eiffel. Me daba cuenta en fin que si había bastado reunir, por ejemplo, en un primer tiempo, el *Tour de la France par deux enfants* con *Grandes chroniques de France* o *el nombre de las calles* con *los funerales de Victor Rugo*, para hacer aflorar la noción de «*lieu de mémoire*» y su fecundidad, se trataba ahora, mediante un esfuerzo de construcción del objeto, de constituir a Juana de Arco o la Torre Eiffel en lugares de la memoria; es decir, de desentrañar su verdad simbólica más allá de su realidad histórica, de restituir la memoria de la que ambas realidades son portadoras.

Trabajo mucho más difícil, pero sin embargo tentador. Porque si se conseguía dar una imagen de «Francia», no como el punto de llegada de una «historia» imposible de incluir hoy bajo un mismo esquema, no ya como el resultado de determinismos numerosos, pero daramente identificables, sino como una realidad completamente simbólica, estos determinismos aparecerían entonces como lo que son, porque son inagotables, justificando así verdaderamente el plural de «unas» Francia{s}. De esta forma el conjunto simbólico justificaría plenamente esta desconcertante perspectiva, mediante la aproximación de unidades simbólicas independientes las unas de las otras, y haría aparecer daramente la lógica que las reunía. Entonces esta búsqueda, en principio empírica, experimental y casi lúdica de «*les lieux de mémoire*» desembocaría en dos perspectivas infinitamente más excitantes: hacer de esta noción, «ensamblada» por necesidades de la causa, una categoría de inteligibilidad de la historia contemporánea, si no un «concepto» -*icosa* bastante rara en historia!-; contribuir a instituir una historia de tipo simbólico, que respondiera más que la historia clásica, a las necesidades científicas y cívicas de nuestro tiempo, y tomando como ejemplo el francés, especialmente bien adaptado, proponer otro tratamiento de la historia nacional, que fuera eventualmente utilizable en otros contextos

---

<sup>5</sup> Paris, A/Ihaud-Flamrnarion, 1986.

nacionales. Es esta baza la que me ha impulsado hasta acabar, doblando la apuesta originaria con setenta nuevas contribuciones, en los tres últimos gruesos volúmenes de mil páginas cuyo espesor iguala al de los cuatro primeros. El primero, *Conflits et partages*, se articula en torno a las grandes divisiones políticas, religiosas y geo-históricas de la memoria francesa. *Traditions*, el segundo, hunde sus raíces reales o imaginarias en los modelos sociales, en las construcciones regionales, en las culturas políticas y en las singularidades más o menos supuestas. El tercero, por fin, *De l'archive à l'emblem*, parte de los instrumentos documentales utilizados para registrar las huellas hasta elevarse a las representaciones más típicas de la identidad francesa <sup>6</sup>.

*Les lieux de mémoire* son, pues, a su manera, una forma de ese género que se ha convertido ya en tradicional que es la «historia de Francia». Su originalidad consiste en tomar los bloques completamente constituidos de nuestra mitología, de nuestro sistema de organización y de representaciones para hacerlos pasar bajo la lupa del microscopio del historiador. Pueden ser simples memoriales: los monumentos a los muertos, el Panteón, los santuarios reales. Pueden ser lugares materiales, monumentos o lugares históricos, como Versalles o Vézelay. Pueden ser ceremonias conmemorativas, desde la consagración de Reims al centenario de la Revolución, del discurso académico al milenario de los Capetos, todos ellos rebosan en *Les lieux de mémoire*. Pueden ser emblemas, como el gallo francés o la bandera tricolor, o divisas, como «libertad-igualdad-fraternidad», o «Francia, hija mayor de la Iglesia» o «Morir por la patria». Pueden ser hombres-memoria, instituciones típicas o códigos fundamentales. También pueden ser nociones más elaboradas, como «derecha» e «izquierda» o «generación», en lo que ésta tiene de específicamente francés. La gama de objetos posibles es, de hecho, infinita. Todo radica en la coherencia del ensamblaje, encaminada a hacer aparecer «la imagen en el cuadro», y en el arte de la ejecución, destinada a poner de relieve un espejo de la identidad, una lente de refracción, un fragmento simbólico de un conjunto simbólico. Es muy distinto describir las cuevas de Lascaux, en la realidad de sus pinturas rupestres, a analizar cómo Francia se ha apropiado de lo que Pierre Chaunu llama su «oscura memoria», incluido el discurso de Mitterrand con ocasión del cincuentenario del descubrimiento de

---

( *Les lieux de mémoire*, sous le direction de Pierre Nora, III, *Les France. J. Conflits et partages*, II. *Traditions*, III. *De l'archive al emblème*, Paris, Gallimard, 1992 (N. de la T.J.

la gruta. Es muy distinto a contar la historia del Tour de Francia (la vuelta ciclista) desde 1903, sus grandes hitos, sus héroes, sus reporteros y su progresiva comercialización, es muy distinto -repetimos- ver, sobre un circuito que reproduce en su origen el de los «*compagnons*» de la vuelta a Franeia, cómo este caballo democrático ha permitido al pueblo hacer el aprendizaje del espacio, el mismo año en el que en lenguaje culto, el geógrafo e historiador Vidal de La Blanche describía la diversidad y la unidad con su *Tableau de la géographie de la France*, que sirve de introducción a la canónica *Histoire de France* de Ernest Lavisse. Es muy distinto analizar a Proust aceptado como «el escritor más grande del siglo xx» o, computar incluso, en este gran novelista de la memoria, el número de «*lieux de mémoire*» -de la pequeña Magdalena hasta los adoquines desiguales, pasando por los campanarios de Martinville-; y es también muy diferente, como aquí se hace por primera vez, estudiar cómo y por qué caminos este escritor, al comienzo marginal con relación a las corrientes dominantes de la literatura, homosexual, judío y mundano, cómo este escritor poco apreciado tanto por André Cuide como por André Breton, por Malraux como por Sartre, ha podido llegar a ocupar un lugar cumbre en el firmamento literario. y así con todos los temas.

Considerados en su conjunto, estos temas pueden ser reagrupados libremente por cada uno, como un juego de familias, según diferentes reglas de parentesco. Se puede proceder por épocas, y se verán sedimentarse entonces, con una fuerte preponderancia creativa del siglo XIX, varias capas sedimentarias de memoria, cinco en total, desde la memoria real hasta nuestra memoria patrimonial, pasando por una «memoria-Estado», una «memoria-nación» y una «memoria-ciudadano». Se les puede reagrupar por temas (el Estado, el espacio, la política, las artes, las letras, la religión, etc...), y se verá claramente cómo este tipo de historia simbólica, que permite aunar las bases más materiales de la existencia de las sociedades y las producciones más elaboradas de la cultura y de la reflexión, ofrece la ocasión de un trabajo en común a especialistas de disciplinas muy distintas: historiadores del arte, de la literatura, de la política, del derecho, de la demografía, de la economía. En cada uno de los casos el objetivo es el mismo: devolver al tema su cariz originario, evidenciar lo que cada elemento comporta del conjunto y lo que implica de la identidad global. Un abanico de temas, que va de los asuntos más familiares, pero curiosamente nunca estudiados, como *La Marsellesa* o la bandera tricolor, pasando por los temas más

clásicos, pero tratados de forma distinta (Juana de Arco o la Torre Eiffel, por mencionar algunos ejemplos), hasta llegar, sobre todo en *La Nation*, a temas radicalmente nuevos, porque ninguna historia de Francia lineal, temática o cronológica, hubiera tenido ningún motivo para tomarlos seriamente en cuenta, por ejemplo el soldado Chauvin.<sup>7</sup> Todo el mundo conoce el chauvinismo y la extensión mundial de esta expresión. Algunos saben que la palabra tiene su origen en Nicolás Chauvin, veterano de las guerras de la Revolución y del Imperio que había vuelto a su casa, en La Rochelle, cubierto de heridas y de condecoraciones, a vivir entre los suyos «el resto de sus días». Si lo analizamos de cerca, como lo ha hecho Gérard de Puymège, Chauvin no ha existido nunca. Es un mito forjado por las caricaturas y los cancioneros de la Restauración y de la Monarquía de Julio, un «remake» del soldado trabajador cuyo fantasma resurge, de Bugeaud a Méline y a Pétain, ante cada emergencia del ruralismo cristiano. ¿Pero qué sutil buceo no permite el análisis de este mito en el corazón de la identidad francesa y cómo se ilumina, si se le sitúa al lado del inevitable «Verdun», como ha podido hacerse en la sección de *La Nation* consagrada a la gloria militar?

Se percibe bien lo que este tipo de aproximación, que constituye la especificidad de la empresa, puede tener de desorientador e incluso, quizá, de escandaloso. Parece negar toda forma de dinámica nacional, ya sea de orden espiritual o material, ya sea nacionalista o revolucionaria. Colocar un lema, como «morir por la patria», junto a Valmy o Verdun, tratar del mismo modo y según el mismo principio de descomposición analítica al Comité de Estudios Históricos y al general De Gaulle, conceder la misma atención a la conmemoración de un gran acontecimiento que al acontecimiento en sí mismo, es ponerlos sobre el mismo plano y, por tanto, reducir las realizaciones más resplandecientes de la historia y de la tradición nacionales y los más humildes instrumentos de fabricación de esta historia y de esta tradición. Y, sin embargo, éste es el principio mismo de esta empresa de *Les lieux de mémoire*, que consiste en poner de relieve la construcción de una representación y la formación de un objeto histórico en el tiempo. *Les lieux de mémoire* privilegian, pues, inevitablemente la dimensión historiográfica.

Adoptar esta postura historiográfica no significa en absoluto marginar las dificultades de todo orden -político, científico, moral, cívico—,

---

<sup>7</sup> G. DE PUYMÈGE, «Le soldat Chauvin», en vol. III de *La Nation*\*\*\*, *op. cit.*, pp. 48-80.

que hoy representaría una síntesis o un relato unitario. Por el contrario, es, me parece, inscribirse muy estrechamente en el proceso de profundización en el propio movimiento histórico e historiográfico.

Desde el advenimiento de la disciplina como ciencia, en sus avances sucesivos y en sus renovaciones decisivas, la historia, y en particular la historia nacional, ha consistido siempre en establecer un neto reparto, una discontinuidad controlada, entre lo que los contemporáneos creían vivir o haber vivido y la evaluación lo más precisa posible de este cúmulo de creencias y de tradiciones. Cada uno de estos avances ha estado vinculado al choc de una gran transformación que suponía un desplazamiento general de las fuentes, de los métodos y de los centros de interés. De este modo, el traumatismo de la derrota de 1870 y la rivalidad con Alemania han llevado a erigir en imperativo categórico y discriminatorio el establecimiento o la verificación, mediante el recurso a los archivos, del conjunto de la tradición nacional que se había transmitido, lo que significaba la división neta y definitiva entre las fuentes de tipo narrativo y las fuentes de tipo archivístico. Se trataba en este caso de una discontinuidad *crítica* con toda la escuela llamada metódica o positivista. La guerra de 1914 y la crisis de 1929 han conducido, junto al desarrollo de la historia económica y de la estadística, inicialmente demográfica, a poner en evidencia una discontinuidad *estructural*, que ha consistido en oponer a la vivencia de la conciencia individual o colectiva, la irrecusable verdad de los determinismos a largo plazo, de los grandes ciclos y de las medidas que condicionaban la vida misma de una colectividad, incluso la manera de amar, de hacer carrera y de morir. Este tipo de discontinuidad, al que se incorpora la famosa «*durée*» braudeliana, ha contribuido a mostrarnos suficientemente lo que la homogeneidad del tiempo histórico puede tener de ilusoria. En el mismo movimiento de profundización histórica, el choque de la descolonización y el despegue del crecimiento económico han conducido a la conciencia y al conocimiento de nuestra distancia respecto a nosotros mismos, en el tiempo y en el espacio a la vez. Llamémosla discontinuidad *etnológica*. Ésta ha provocado la emergencia de una historia de las mentalidades, el interés por los grupos marginales, nuestros propios colonizados (los obreros, las mujeres, los judíos, la población rural, etc.). Ha provocado también, con fuerza, la historización de temas de aparente intemporalidad -como el cuerpo, el clima, los mitos, la fiesta-, o de aparente trivialidad, como la cocina, la higiene, los olores. Con el desarrollo de los medios de comunicación ha promovido, también,

un interés totalmente nuevo por la **opinión**, por la **imagen**, por el acontecimiento. Temas todos de los que Jacques Le Goff y yo habíamos intentado presentar el inventario colectivo hace veinte años, en *Faire de l'histoire* s.

La discontinuidad que nosotros vivimos hoy se inscribe en el mismo e incesante retorno de la historia sobre sí misma, en la continuación y la prosecución del mismo desfase aún ampliado, que no se trata nada menos que de un abandono y una recuperación del conjunto de la tradición histórica de Francia. Es la época de la discontinuidad *historiográfica*. Discontinuidad que es, a la vez, más difusa y más radical que las otras. Más difusa porque se refiere al entrelazamiento de varios fenómenos, ellos mismos también complejos y de largo alcance: las consecuencias políticas y nacionales del período post-De Gaulle, los contragolpes del agotamiento de la idea revolucionaria y los efectos periódicos de la crisis económica. Más radical, además, porque estos tres fenómenos se han combinado, entre los comienzos de lo que el sociólogo Henri Mendras denomina «la segunda Revolución francesa» —que él mismo data en 1965 y que yo tendría tendencia a situar más bien en 1975—, y la aproximación al fin de siglo del segundo milenio, todos ellos se han combinado para disponer los elementos de una constelación que modifica profundamente nuestra relación con el pasado y las formas tradicionales del sentimiento nacional.

En esta nueva constelación se inscribe la promoción de la memoria y la búsqueda de sus lugares, el retorno a la herencia colectiva y la focalización sobre sus identidades fragmentadas. En esta mutación de un tipo de conciencia nacional a otro, en este paso de una concepción de la nación a otra, es donde se inscribe este proyecto de *Les lieux de mémoire*.

En el paso de una nación agraria, providencialista, universalista, imperialista y estatista a una nación que vive con dolor su pérdida de poder, hacia arriba y hacia abajo —Europa y las regiones—, la desaparición de la ecuación revolucionaria y nacional a la vez en la que la había encerrado la revolución de 1789, la afluencia, en fin, de poblaciones difícilmente reductibles a las normas de lo francés tradicional. Pero una nación que, al mismo tiempo, conoce una revitalización intensa y dilatada del enraizamiento nacional: un arraigo de tipo patrimonial.

---

<sup>8</sup> Paris, Gallimard, 1974 (en español: *Hacer la Historia*, Barcelona, Laia, 1979).



A este momento bisagra de mutación es al que quisiera responder el estudio polifónico de *les lieux*. El tipo de historia al que se vincula es muy tradicional y, yo me atrevería a decir, muy nuevo, al mismo tiempo ya la vez. Muy tradicional, porque no supone ninguna metodología particular y se refiere a temas que todo el mundo conoce. Diríase que se ha vuelto a los tiempos del positivismo e incluso más allá, por la impronta casi literaria que supone. Pero este tipo de historia es al mismo tiempo muy nueva porque, historia de la memoria, es una historia crítica toda ella y no solamente por sus propios instrumentos de trabajo; una historia que ha entrado enteramente, de ahora en adelante, en lo que se podría llamar su edad epistemológica.

La historia propiamente nacional ha conocido, en definitiva y para decirlo de forma brutal, tres modelos tipo. Existió el modelo Michelet, que consistió en integrar en una totalidad orgánica y en una unidad viviente el conjunto de los datos materiales y espirituales, hasta presentar a Francia «como un alma y como una persona». Existió el modelo Lavissee, que consistió en pasar por la criba de la verificación archivística y documental el conjunto de la tradición nacional. Ha existido, además, el modelo Braudel, desgraciadamente inacabado, que ha intentado individualizar los niveles y las etapas de la duración, integrar la geo-historia de Vidal la Blanche, extrapolar a través de los ciclos económicos y aculturar, suavizándolos, los conceptos marxistas.

y queda, de ahora en adelante, esta tentativa de múltiples vías. Consiste ante todo, y aunque lo repitamos -pero es el punto central-, en el rechazo a insertar lo simbólico en un dominio particular, para definir a Francia como una realidad en sí misma y por completo simbólica, es decir, en rehusar toda posible definición que la redujera a un repertorio de realidades concretas. Admitido este punto de vista, la vía queda abierta a una historia diferente, que no es ni orgánica ni nacional, ni económica y social. Una historia que se interesa menos por los determinantes que por sus efectos; menos por las acciones memorizadas e incluso conmemoradas que por el rastro de estas acciones y por el juego de estas conmemoraciones; que se interesa menos por los acontecimientos en sí mismos que por su construcción en el tiempo, por su desaparición y por el resurgir de sus significaciones; menos por el pasado tal como ha acontecido que por su reutilización, sus malos usos, su impronta sobre los sucesivos presentes; menos por la tradición que por la manera en la que ha sido formulada y transmitida. En síntesis, una historia que no es ni resurrección, ni reconstitución,

ni reconstrucción, ni incluso representación, sino rememoración en el sentido más fuerte de la palabra. Una historia que no se interesa por la memoria como recuerdo, sino como economía general del pasado en el presente.

Una historia de Francia, en efecto, pero en segundo grado. Es ésta la historia a la que *Les lieux de mémoire* quisieran contribuir y de la que yo no disimulo la ambición, puesto que en la cadena continua de las historias de Francia, quisieran encarnar, ellos también, un momento de la mirada de los franceses sobre Francia.

## 2. *Les lieux de mémoire* e identidades nacionales <sup>9</sup>

### 2.1. *El concepto de «lieu de mémoire» ¿es exportable?*

No se ha realizado aún la prueba de la fecundidad de *les lieux de mémoire* referidos en principio a Francia <sup>10</sup>. De tal modo que preguntarse por su aplicación en otros contextos nacionales resulta algo teórico. Pero la noción ya ha sido exportada. Al igual que el concepto ha conocido en Francia una difusión pública que ha sorprendido completamente a su inventor y a sus colaboradores, de la misma forma, incluso antes de finalizar la empresa, se ha producido el inicio de un eco internacional. En España, donde un equipo de Salamanca trabaja sobre *lieux de mémoire* franquistas, en Italia, en Alemania, en Israel, donde proyectan lanzarse a empresas comparables; en Europa central, donde incluso ha dado lugar a un libro que se inspira explícitamente en esta técnica y en este método <sup>11</sup>. Holanda se interroga sobre los posibles «*lieux de mémoire*», justo a la hora de Maastricht y en el marco más general de Europa. Ante estas aplicaciones más o menos logradas, no queda más que inclinarse, reconociendo con gusto que semejantes apropiaciones obedecen a una de las virtualidades de la

<sup>9</sup> Esta segunda parte del texto fue presentada como ponencia a un Congreso sobre el mismo tema del título, celebrado en Amsterdam y publicado posteriormente.

<sup>10</sup> Este encuentro ha tenido lugar en mayo de 1992, antes de la aparición de los tres últimos volúmenes de *Lieux de Mémoire* (sous la direction de Pierre NORA), I-III, *Les France*. Habían aparecido los dos primeros tomos: *La République* (Paris, Gallimard, 1984), un volumen; *La Nation*, 1986, tres volúmenes.

<sup>11</sup> A *l'Est, la mémoire retrouvée*, bajo la dirección de Alain BROSSAT, Sonia COMBE, Jean-Yves POTEI, Jean-Charles SZUREK, Paris, La Découverte, 1990.

noción: su plasticidad. La memoria es por naturaleza lo que se hace de ella.

Sin embargo, he aquí la ocasión de preguntarse conjuntamente en qué medida esta noción, elaborada en contexto francés, puede convertirse en un instrumento de análisis más general, válido para otros tipos de identidades nacionales y si, nacida en el ámbito francés, no existen buenas razones para condenarla a no encontrar más que en él su plena legitimidad. Pensemos simplemente en la expresión misma: ¿cómo traducirla? Este neologismo viene del latín, de la tradición de la retórica antigua, de Cicerón y de Quintiliano que aconsejaban asociar, para fijar el orden del discurso, una idea a un lugar, un *locus memoriae*. Ni el inglés, ni el alemán, ni el español pueden darle un equivalente satisfactorio. ¿Esta dificultad para traducirla a otras lenguas no indica ya una forma de especificidad?

Especificidad reforzada, además, por el momento en el que la noción apareció, a fines de los años setenta. Es el momento en el que se hace patente que un inmenso capital de memoria colectiva, un stock de memoria histórica vivido al calor de la tradición, en la interrogación de la costumbre, caía en la nada para no revivir más que a través de una historia científica y reconstitutiva. Este concepto ha nacido de un sentimiento de pérdida, de la salida de lo que he propuesto denominar una «historia-memoria», es decir, de un contexto de la memoria en el que la Historia había sido la principal formadora de la conciencia nacional, como lo ha puesto de manifiesto Pim den Boer en su libro sobre el sistema de educación histórica de Francia de 1870 a 1914<sup>12</sup>.

Este momento está unido a un cierto número de hechos que son propiamente franceses. No vamos a recordar más que tres de ellos: El primero consiste en el resurgir del *gaullisme*, o mejor, en el desdibujamiento del *gaullisme* del General De Gaulle, en el poderoso incremento del mito gaullista, caracterizado por la rápida vinculación de la izquierda al recuerdo del General. La época posterior a De Gaulle ha tenido, al menos, dos efectos de memoria, el uno de largo alcance el otro de media duración. A medida que se arraigaban las instituciones de la V República, que se habían creído talladas solamente a la medida del personaje, De Gaulle pareció ganar su reto histórico esencial, el de haber paliado la inestabilidad institucional nacida de la Revolución

---

<sup>12</sup> Pim DEN BOER, *Gchiedenis als beroep. De professionalisering van de geschiedbeoefening in Frankrijk 1818-1914*, Nimega, 1987. Traducción inglesa en Princeton University Press, 1994.

Francesa y, por lo mismo, pareció que había remendado el traje de la memoria francesa, desgarrado desde hacía dos siglos entre la Francia monárquica golpeada por el ostracismo y la Francia emanada de la Revolución que no había encontrado nunca una forma viable para sus instituciones. En este sentido de Gaulle, incluso sin quererlo, ha situado la historia de Francia en una larga perspectiva, capaz incluso de remontarse, en 1985, a la extraña conmemoración del extraño milenario de los Capetos. A más corto término, la desaparición de De Gaulle ha contribuido a levantar la cortina plúmbea de una memoria oficial de la guerra impuesta por él, de acuerdo con los comunistas, y cuya dislocación se ha traducido en la emergencia compulsiva del recuerdo de Vichy. Podemos fecharla en el momento de la aparición del film de Marcel Ophuls, *Le chagrin et la pitié*, que data precisamente de 1971, inmediatamente después de la muerte del General, y que no ha cesado después.

Un segundo hecho, el inicio de la crisis económica en 1974, no es específico de Francia. Pero lo que si es propio es la toma de conciencia, ante el declive del crecimiento, del formidable arranque que habían supuesto los «Treinta Gloriosos», según la expresión del economista Fourastié<sup>13</sup>. Momento solemne, en este país aún medio campesino en los años siguientes a la guerra, en el que la tasa de la población activa dedicada a la agricultura se sitúa por debajo del 10 por 100. Choque esencial y mudo que sella un cambio notable de la conciencia colectiva, el fin de una estabilidad ancestral, el fin de lo último que restaba activo y viviente de una Francia cristiana y medieval, en la que, con el fin en la misa en latín, no quedaba más que la recuperación, mediante la historia y la proyección imaginativa, de un mundo totalmente perdido para Siempre.

El tercer hecho tampoco es especialmente francés; pero la existencia de un partido comunista muy fuerte, y que ha mantenido su carácter estalinista durante largo tiempo, ha jugado un papel muy particular: con lo que se ha llamado «el efecto Solzenitsin», precisamente en 1975, se produce el inicio del fin de la idea revolucionaria, el fin de esta escatología portadora de un sentido orientado de la Historia, la ruptura definitiva con el marxismo revolucionario, la ruptura con el proyecto mismo de ruptura referida a todas las formas de relegitimación de una vinculación con el pasado. Éstas se han expresado fundamentalmente

---

<sup>13</sup> Jean FOURASTIÉ, *Les trente glorieuses ou la Révolution invisible de 1946 à 1975*, Paris, 1979 (edición revisada y puesta al día).

en las profundidades de las provincias, con el inesperado éxito del año dedicado al «Patrimonio», en 1980, después del año consagrado por Giscard d'Estaing a la Mujer y después al Niño.

Estos tres hechos son sólo los fundamentales de una constelación más vasta que ha visto a Francia, a mediados de los años setenta, pasar de un modelo nacional tradicional a otro. Esta gran «transición», que se ha correspondido sobre todo con la interiorización del paso de gran potencia a potencia media, ha concedido una notable presencia, como objeto histórico, a una tradición de memoria que es específicamente francesa, también ella, y de la que aquí no puedo más que subrayar dos elementos que explican y justifican esta empresa de *Les lieux de mémoire*: el papel del Estado y el papel de la historia y, por tanto, de los historiadores.

El papel del Estado, porque, entre todas las viejas naciones europeas, es en Francia donde la determinación estatal ha sido la más precoz, la más constante, la más constitutiva, es donde la continuidad dinástica, y después republicana, ha favorecido en mayor medida la construcción autoritaria de una memoria nacional. A diferencia de Holanda, de Inglaterra, de Alemania, de todos nuestros vecinos europeos, Francia no ha forjado ni mantenido verdaderamente la conciencia de sí misma ni por la economía, ni por la cultura, ni por la sociedad, ni por la lengua, sino por el papel de eje y de dirección que el Estado no ha cesado de realizar. Francia, esta «nación-memoria», es un país «estado-céntrico».

Pero indudablemente, hay que asociar a este papel del Estado el de la Historia. Aquí se produce de nuevo la diferencia, por ejemplo, con Alemania en la que los filósofos, sobretodo, han sido los pedagogos y directores de la conciencia nacional, mientras en Francia han sido los historiadores sus ideólogos prácticos. Hemos debido hacer una excepción con la historiografía, en *Les lieux de mémoire*, que habían adoptado el principio de partir siempre del presente y de no referirse más que a los núcleos actuales de cristalización de la memoria. Por esta razón hemos considerado indispensable practicar un corte y establecer los estratos y las sedimentaciones de la historiografía nacional, aunque no hemos retenido más que las que correspondían a ampliaciones decisivas del contenido de la memoria: las *Grands Chroniques de France*, del siglo XIII al siglo XVI, que han consolidado la memoria dinástica en lengua francesa, *Les Recherches de la France*, de Etienne Pasquier, en la segunda mitad del siglo XVI en plena guerra de religión, que

se dedican a defender ya ilustrar un pasado poderosamente legitimador, el de los Galos; el gran ciclo de la Nación del que las *Lettres sur l'histoire de France* de Agustín Thierry acentúan el aire romántico y la *Histoire de France* de Lavisse, la perspectiva crítica y metódica, y en fin, el movimiento de los *Annales*<sup>14</sup>, del que *Identité de la France* de Braudel encarnaba su aspecto más público; movimiento que ha intentado con fuerza des-nacionalizar la historia científica y que, sin embargo, se arraiga en suelo nacional para culminar su análisis.

Todos estos elementos, que no hago más que enunciar, han contribuido ciertamente a sobredeterminar la noción de *lieu de mémoire* para localizarla en territorio francés, en el que cobra sentido inmediatamente. Esta noción ha obligado a una disección que también es extraordinariamente francesa: República, Nación, Francia. ¿En qué país tendría el menor sentido este tríptico? Y sin embargo aquí obedece a las articulaciones naturales de la memoria y permite hacer aparecer la sedimentación cronológica de los tipos de memoria nacional: -re-cordemos lo señalado más arriba-, desde la *memoria real* ejemplificada en los santuarios de Saint-Denis o la consagración de Reims, a la *memoria-Estado*, monumental y espectacular, de la que Versalles ofrece la ilustración más llamativa; a la *memoria-Nación* de los acontecimientos revolucionarios, comenzando por el código civil; a la *memoria-ciudadana*, que se expresa generalmente en sus monumentos educativos; hasta llegar a conocer hoy una *memoria-patrimonio* a la luz de la cual reaparecen precisamente todos estos precedentes y en la que aparecerán *Les France*, la última entrega.

A partir de esta fuerte implantación indígena, evidentemente es posible, y se debe, preguntarse por lo que en ella puede haber de extrapolación, pues semejante empresa no tiene sentido, ni en la propia Francia, más que si desemboca en un ámbito europeo, en un horizonte comparativo y sobre lo que podría llamarse, con la apertura de fronteras, el mercado común de las memorias europeas. Si no, estaría abocada a un galo-centrismo recesivo, a una introversión hexagonal que nos conduciría precisamente a encerrarnos en lo que queremos estudiar, mientras que el proyecto, por el contrario, está dirigido todo él por un principio de exterioridad, con el objetivo de sacar a la luz un modelo

---

<sup>14</sup> Todos ellos corresponden a la parte titulada *Historiographie*, del t. III de *La Nation*, respectivamente en las pp. 189-214, 215-245, 247-316, 317-375 y 377-429 (*N. de la F.*).

de memoria, notablemente comparable a otros modelos de identidades europeas.

Puesto que estamos ante el doble signo de una comparación entre las identidades nacionales de Holanda y de Francia y, por otra parte y más ampliamente, de una identidad histórica europea, quisiera examinar brevemente estos dos aspectos: el primero bajo la forma de cautela. El segundo, por el que voy a comenzar, con un carácter interrogativo.

Es posible, sin duda, intentar reunir una topografía de la simbólica europea, buscar el modelo común de una memoria que nos divide, dibujar el modo en el que vivimos, cada uno a su manera, una herencia compartida y dividida a la vez. En otro lugar he tenido ya ocasión de esbozarlo<sup>15</sup>. Podría pensarse, partiendo de los grandes lugares fundadores de la Antigüedad, Roma, hasta lugares puramente historiográficos, como las Invasiones, las Cruzadas, el Renacimiento o la Reforma. No puede evitarse lo que podemos llamar lugares cruciales, aquellos en los que se ha jugado el destino global de Europa en un momento determinado: bien se trate de lugares militares, de Lepanto a la batalla de Berlín, pasando por Waterloo, o de lugares diplomáticos, desde el reparto de Verdun, entre los herederos de Carlomagno, al tratado de Postdam, pasando por los tratados de Wesfalia, el Congreso de Viena o los tratados de Versalles y Saint-Germain. Estarían también, evidentemente, los lugares geográficos, ríos como el Rin o el Danubio, macizos como los Alpes, regiones como el Norte o el Sur. Habría otros lugares más interesantes, como los grandes centros comunicativos, los ejes de grandes transportes, las sedes de importantes ferias; redes de universidades, de Salamanca a Vilna pasando por Bolonia o Gotinga, circuitos epistolares a través de los cuales se ha constituido la República de las letras, este gran lugar de formación de una memoria europea. No faltarían los grandes lugares creativos, sin duda los más interesantes de buscar, de clasificar y de elaborar. Por no referirnos más que a una serie pensemos, por ejemplo, en *lieux de mémoire* científica: la Torre de Pisa, el proceso de Galileo, la manzana de Newton, la estufa de Descartes. O bien, para el siglo XVIII, el anca de rana de Galvani, la botella de Leyde, las plantas de Linné. Y para el siglo XIX, el Instituto Pasteur, la universidad de Berlín de Max Planck, el seminario de Ranke, por el que ha desfilado prácticamente todo lo que ha integrado la historia de Europa. Pensemos también en los años treinta, en el Instituto de

---

<sup>15</sup> *Europe sans rivage*, simposio internacional sobre la identidad cultural europea, enero 1988, París, Albin Michel, 1988.

Física de Berlín con Einstein, en el Copenhague de Niels Bohr, en el Cambridge de Cavendish, en la Roma de Fermi. Y no digamos de los lugares económicos, de Venecia a la Hansa, de la City al Ruhr. Por no recordar los lugares artísticos, de la Florencia del Cuatrocento al París de vísperas de la guerra de 1914. Para culminar, al fin, en los lugares propiamente simbólicos, desde los grandes peregrinajes, como el de Santiago de Compostela, hasta esos enclaves históricos de la conciencia europea como fueron, en sentido opuesto, la Declaración de los Derechos del Hombre o Auschwitz.

Inútil continuar este pequeño juego: este tipo de investigación es posible, pero la simple enumeración basta para mostrar las dificultades prácticas de su realización. Primero, porque sería bastante estéril volver sobre lugares cien veces estudiados y que han entrado verdaderamente en el patrimonio europeo, si no universal. Además y sobre todo, porque si se trata de mostrar los diferentes contenidos de memoria de un mismo objeto, un solo autor sería por definición incapaz de ello; distribuir su análisis a historiadores de países y de nacionalidades particulares no resolvería el problema y convocar en torno a ellos a diferentes historiadores sería prácticamente imposible. ¿Existe, independientemente de un patrimonio europeo evidente, una memoria europea que se formula en los moldes de lo nacional? En definitiva la cuestión queda abierta y nos plantea la posibilidad de una adaptación de la noción de *lieux de mémoire* a un marco nacional diferente del francés.

Se imponen aquí algunas precisiones y precauciones. Primera precisión: *lieu de mémoire* no se reduce en absoluto, según mi opinión, a monumentos o a acontecimientos dignos de memoria, o a objetos puramente materiales, físicos, palpables, visibles, a los que tienen tendencia a reducir su utilización la opinión de los poderes públicos. El *lieu de mémoire* es una noción abstracta, puramente simbólica, destinada a desentrañar la dimensión rememoradora de los objetos, que pueden ser materiales, pero sobre todo inmateriales, como fórmulas, divisas, palabras clave, por ejemplo en Francia, «la tierra» o «el campanario». Segunda precisión: no se trata en absoluto de un inventario exhaustivo, que no tendría ningún sentido y que estaría por definición destinado al fracaso. Ni simple referencia, pues, ni alcance enciclopédico. Se trata de la exploración de un sistema simbólico y de la construcción de un modelo de representaciones. Se trata, de comprender la administración general del pasado en el presente, mediante la disección de sus polos de fijación más significativos. Se trata pues, e insisto en ello, de una historia crítica de la memoria a través de sus principales



puntos de cristalización o, dicho de otro modo, de la construcción de un modelo de relación entre la historia y la memoria.

Así para Francia, este modelo está lejos de reducirse a la disección ya conocida, *La République, La Nation, Les France*, que no se comprende en sí misma sino por la oposición al modelo canónico de la *Histoire de France*, de Lavissee, en la que todo el esfuerzo se había volcado en no hacer más que una de estas tres entidades. Por no tomar más que la última, «*Les France(s)*», el modelo pareció imponer un reparto tripartito entre las divisiones de la memoria, -**primer volumen**- por una parte, la tradiciones -**segundo volumen**- y los lugares históricos de la identificación, -**tercer volumen**-o Si nos limitamos al primero de estos volúmenes, *Conflits et partages*, el modelo imponía distinguir entre las divisiones políticas, construidas a partir de un pequeño número de fuertes polarizaciones (desde «Los Francos y los Galos» hasta «la derecha y la izquierda»), las divisiones religiosas y las divisiones geohistóricas. Y por no tomar más que un ejemplo entre estas últimas, a saber el de la «generación», que evidentemente no es sólo de uso francés, el problema no era el de identificar las generaciones francesas, ni el de repetir que una generación es una comunidad de memoria. Se trataba de ver lo que la generación tiene de específicamente francés, de la Revolución de 1789 al mayo de 1968, y la manera en la que impone su ritmo y su estilo a la vida nacional; en resumen, se trataba de construir un modelo histórico de la noción misma de generación. Todo el modelo de la memoria francesa, toda la empresa de *Les lieux de mémoire* está construida mediante este encaje de piezas.

Si me permito insistir sobre este punto y entrar en estos detalles es para prevenir un malentendido y para llegar a una cuestión previa de método. En efecto, si no se tratara más que de sustituir unos lugares por otros, unos emblemas, divisas o conmemoraciones por otros emblemas, divisas o conmemoraciones, unos memoriales por otros no habiéramos obtenido mucha más información sobre la naturaleza de una identidad nacional. La focalización monográfica sólo tiene interés si permite tipificar un estilo de relación con el pasado, si pone en evidencia una organización inconsciente de la memoria colectiva, si articula una red hasta entonces invisible mediante la iluminación repetida de identidades diferentes. Sin ello no se llegaría más que a una colección de memoriales evidentes o a un paseo turístico por el jardín del pasado. Lo que cuenta, repetimos, es el tipo de relación al pasado y la manera en que el presente lo utiliza y lo reconstruye; los objetos no son más que indicadores y signos de pista. Resulta que Francia, Estado-nación

por excelencia, ha conocido, con la experiencia revolucionaria, una excepcional continuidad junto a una brutal ruptura de esta continuidad. Resulta que este Estado nacional ha solidificado la riqueza de su repertorio histórico en un sistema mítico-político, en estratos historiográficos, en tipos de paisajes, en un imaginario de tradiciones, en un registro de emblemas y de fórmulas identificadoras que una juiciosa elección permite organizar y que el análisis histórico permite hoy diseccionar. Resulta, al fin y sobre todo, que en el gran cambio de un modelo de nación a otro, que yo evocaba al comienzo, Francia ha vivido el paso decisivo de una conciencia histórica de sí a una conciencia patrimonial, que supone una mezcla de familiaridad y de extrañidad, donde la búsqueda de *les lieux de mémoire* y de los símbolos de identidad encuentra su verdadera justificación e, incluso, su necesidad.

Esta patrimonialización de la memoria francesa es particularmente sensible en la misma ampliación de la noción de patrimonio desde hace diez o quince años, que de la herencia que se recibía del padre o de la madre se ha extendido sin límites a todos los vestigios del pasado. Es sensible, también, en el agotamiento y en la renovación de las grandes oposiciones elásticas que, desde la Revolución francesa, estructuraban el conjunto de la simbólica y del imaginario nacional, Francia nueva contra Francia vieja, Francia laica contra Francia religiosa, Francia de izquierdas contra Francia de derechas. Es muy sensible en el sistema de las conmemoraciones, una manía que ciertamente no es propia sólo de Francia, pero que por un azar cronológico, que ha visto sucederse el milenario de los Capetos, en 1987, el Bicentenario de la Revolución, después el año De Gaulle, en 1990, ha precipitado alegremente a los franceses en el recuerdo total de su pasado; su pasado monárquico, su pasado revolucionario y su pasado republicano.

Es necesario subrayar, para concluir, que los dos conjuntos nacionales que han expresado su deseo de lanzarse a la búsqueda de sus propios *lieux de mémoire* son los países que, también ellos, han conocido recientemente una profunda ruptura de su modelo: España que ha salido del franquismo y los países del Este que han partido sobre las huellas de su memoria reencontrada, de su memoria manipulada, de su memoria disputada. ¿En qué medida, países como Holanda, que no han conocido una forma reciente de ruptura, pueden desprenderse lo bastante de su propia continuidad para convertirse, de alguna manera, en etnólogos de sí mismos?

(Traducción: Josefina Cuesta)